

**MÁRTIRES DIOCESANOS DEL SIGLO XX: TESTIGOS DE LA FE EN LA**  
**PERSECUCIÓN RELIGIOSA**

**Sor Isabel Remiñán, sor María Luisa Bermúdez y el padre Fernando Olmedo, nacidos en la Archidiócesis de Santiago serán beatificados en Tarragona**

**“Vencieron en virtud de la sangre del Cordero...”**

**“Firmes y valientes testigos de la fe”**



**Padre Fernando Olmedo**



**Sor Isabel Remiñán Carracedo**



**Sor María Luisa Bermúdez**

En una Carta Pastoral del pasado mes de agosto, dedicada a los tres mártires de la Archidiócesis de Santiago que serán beatificados en Tarragona en octubre, el arzobispo compostelano, monseñor Julián Barrio, recordaba que estos testigos de la fe “nos dejaron escrito con su sangre el mensaje de las Bienaventuranzas dándonos testimonio de amor, de perdón, de bondad y de paz con el apoyo de la oración, de la Eucaristía y de la devoción a la Virgen María”.

La Archidiócesis de Santiago verá las beatificaciones del padre capuchino Fernando Olmedo, de la Hermana de la Caridad, María Luis Bermúdez, y de la Franciscana Misionera de la Madre del Divino Pastor, sor Isabel Remiñán Carracedo. La Carta Pastoral “Vencieron en virtud de la sangre del Cordero...”, de monseñor Barrio dice así:

“El 13 de octubre de este Año de la Fe, la Iglesia en España celebrará el relevante acontecimiento de la Beatificación de un numeroso grupo de mártires del siglo XX en nuestra geografía española. Fueron testigos valientes y luminosos del Evangelio hasta el extremo de dar su propia vida. Ahora los contemplamos como un signo de esperanza. Es el milagro de la fe que nos hace recordar que los mártires “vencieron en virtud de la sangre del Cordero y por la palabra del testimonio que dieron y no amaron tanto su vida que temieran la muerte” (Ap 12,11). Nos dejaron escrito con su sangre el mensaje de las Bienaventuranzas dándonos testimonio de amor, de perdón, de bondad y de paz con el apoyo de la oración, de la Eucaristía y de la devoción a la Virgen María.

Esta celebración nos evoca que la Iglesia fundada por Cristo es la Iglesia peregrina que como decía san Agustín, camina entre los consuelos de Dios y las turbaciones del mundo, quedando constancia en ella de tantos mártires y santos. Es el vigor de la fe de estas personas lo que nos ayuda a ver no el triunfo visible de la Iglesia sino su crecimiento en profundidad. La historia de la Iglesia acredita fehacientemente esta realidad. En sus páginas vemos que “atraídos por el ejemplo de Jesús y sostén idos por su amor, muchos cristianos, ya en los

orígenes de la Iglesia, testimoniaron su fe con el derramamiento de su sangre. Tras los primeros mártires han seguido otros a lo largo de los siglos hasta nuestros días”<sup>1</sup>.

Son clarividentes las palabras del beato Juan Pablo II cuando escribía: “Quiero proponer a todos, para que nunca se olvide, el gran signo de esperanza constituido por los numerosos testigos de la fe cristiana que ha habido en el último siglo, tanto en el Este como en el Oeste. Ellos han sabido vivir el Evangelio en situación de hostilidad y persecución, frecuentemente hasta el testimonio supremo de la sangre. Estos testigos, especialmente los que han afrontado el martirio, son un signo elocuente y grandioso que se nos pide contemplar e imitar. Ellos muestran la vitalidad de la Iglesia; son para ella y para la humanidad como una luz, porque han hecho resplandecer en las tinieblas la luz de Cristo [...]. Más radicalmente aún, demuestran que el martirio es la encarnación suprema del Evangelio de la esperanza”<sup>2</sup>.

Es una hora de gracia para la Iglesia que peregrina en España. A veces nos preguntamos “¿qué mundo es el nuestro para que tantas y tan hermosas cualidades se pierdan en él?”. Tal vez nos hacemos esta pregunta porque no hemos descubierto en la cotidianidad que “todo es gracia”. Conocemos el designio general de salvación que Dios tiene providentemente para el hombre, pero ignoramos todo lo que se refiere a los caminos particulares que hemos de recorrer. Cuando tantas personas están expuestas al riesgo de la incredulidad, y no existe la cristiandad pero existen los cristianos, esta Beatificación puede ser una luz en medio de la noche de la fe.

También hoy nosotros como los cristianos de los primeros siglos de la Iglesia en su peregrinar hacia la patria celestial, buscamos guías seguros que garanticen la meta, mediante la proximidad y vecindad de aquellos –los santos mártires - que habiendo entregado su vida por Dios gozan ya de su confianza. “El mártir, en efecto, es el testigo más auténtico de la verdad sobre la existencia. Él sabe que ha hallado en el encuentro con Jesucristo la verdad

---

<sup>1</sup> Benedicto XVI. Alocución del Ángelus en la fiesta de San Esteban, 26 de diciembre de 2005

<sup>2</sup> Juan Pablo II. Exhortación Apostólica Postsinodal Ecclesia in Europa, nº 13

sobre su vida y nada ni nadie podrá arrebatárle jamás esta certeza. Ni el sufrimiento ni la muerte violenta lo harán apartar de la adhesión a la verdad que ha descubierto en su encuentro con Cristo. Por eso el testimonio de los mártires atrae, es aceptado, escuchado y seguido hasta en nuestros días. Ésta es la razón por la cual nos fiamos de su palabra: se percibe en ellos la evidencia de un amor que no tiene necesidad de largas argumentaciones para convencer, puesto que habla a cada uno de lo que él ya percibe en su interior como verdadero y buscado desde tanto tiempo. En definitiva, el mártir suscita en nosotros una gran confianza, porque dice lo que nosotros ya sentimos y hace evidente lo que también quisiéramos tener la fuerza de expresar”<sup>3</sup>.

Entre los 522 mártires que serán beatificados, nuestra Archidiócesis ha visto nacer a la vida cristiana a tres de ellos, el P. Fernando Olmedo Reguera, religioso capuchino, nacido en Santiago; Sor María Luisa Bermúdez Ruiz, Hija de la Caridad, nacida en San Pelayo de Sabugueira; y Sor Isabel Remiñán Carracedo, religiosa Franciscana Misionera de la Madre del Divino Pastor, nacida en Seavia. Para ellos, nuestro agradecimiento eclesial por su testimonio y nuestra súplica de intercesión.

Preparémonos espiritualmente para vivir esta Beatificación con espíritu orante, dando gracias a Dios por los nuevos mártires en España y pidiendo por su intercesión que se aviven nuestra fe, esperanza y caridad para vivir nuestro compromiso cristiano en este momento de nuestra historia. A todos los que podáis os animo a participar en esta celebración en Tarragona”.

---

<sup>3</sup> Juan Pablo II. Fides et Ratio, 32

Por su parte, la Conferencia Episcopal Española en su mensaje “Los mártires del siglo XX en España, firmes y valientes testigos de la fe”, un texto aprobado con motivo de la próxima Beatificación del Año de la Fe en Tarragona, que se realizará el día 13 de octubre de 2013, indica que “la Iglesia estima siempre el martirio como un don eximio y como la suprema prueba de amor. Es un don concedido a pocos, pero todos deben estar dispuestos a confesar a Cristo delante de los hombres y a seguirlo en el camino de la Cruz en medio de las persecuciones, que nunca le faltan a la Iglesia”.<sup>4</sup>

Pues bien, ese don le fue otorgado a esas tres personas nacidas en la Archidiócesis de Santiago de Compostela y que serán, desde ahora, un modelo de seguimiento en la coherencia del testimonio de la fe hasta la muerte. Estas tres personas serán beatificadas en octubre próximo. Se trata del santiagués Fernando Olmedo Reguera, religioso capuchino; de sor María Luisa Bermúdez Ruiz, natural de San Paio de Sabugueira –cerca de Lavacolla-, Hija de la Caridad; y de sor Isabel Remiñán Carracedo, nacida en Seavia –comarca de Bergantiños-, perteneciente a las Franciscanas Misioneras de la Madre del Divino Pastor.

“La vida y el martirio de estos hermanos”, se indica en el mensaje de la Conferencia Episcopal, “modelos e intercesores nuestros, presentan rasgos comunes, que haremos bien en meditar en sus biografías. Son verdaderos creyentes que, ya antes de afrontar el martirio, eran personas de fe y oración, particularmente centrados en la Eucaristía y en la devoción a la Virgen. Hicieron todo lo posible, a veces con verdaderos alardes de imaginación, para participar en la Misa, comulgar o rezar el rosario, incluso cuando suponía un gravísimo peligro para ellos o les estaba prohibido, en el cautiverio. Mostraron en todo ello, de un modo muy notable, aquella firmeza en la fe que San Pablo se alegraba tanto de ver en los cristianos de Colosas (cf. Col 2, 5). Los mártires no se dejaron engañar "con teorías y con vanas seducciones

---

<sup>4</sup> Cfr. Concilio Vaticano II, Const. Lumen Gentium, 42. Citado en el Mensaje de la Conferencia Episcopal Española “Los mártires del siglo XX en España, firmes y valientes testigos de la fe”, nº 4. Madrid, abril de 2013

de tradición humana, fundadas en los elementos del mundo y no en Cristo" (Col 2, 8). Por el contrario, fueron cristianos de fe madura, sólida, firme. Rechazaron, en muchos casos, los halagos o las propuestas que se les hacían para arrancarles un signo de apostasía o simplemente de minusvaloración de su identidad cristiana".

¡Cómo recuerdan estas palabras, aquellos versos hermosos del poema del francés Paul Claudel, quien en su "Himno a los mártires de España" (obra escrita en 1937) afirmaba bella y emocionadamente que: "Ha llegado el momento de elegir y de liberar el alma. Ha llegado el momento de mirar cara a cara la propuesta infame. Ha llegado el momento al fin de mostrar el color de nuestra sangre. Muchos creen que llegarán al cielo por su propio pie por un camino fácil y agradable. Pero, de golpe, he aquí la cuestión planteada, he aquí la consumación y el martirio. Se nos pone el cielo y el infierno en la mano y tenemos sólo cuarenta segundos para elegir. ¡Cuarenta segundos es demasiado! Hermana España, santa España, tú ya has elegido. Once obispos, dieciséis mil sacerdotes masacrados y ni una sola apostasía"<sup>5</sup>.

La Iglesia que peregrina en Santiago de Compostela evoca ahora con emoción, ternura y agradecimiento la ofrenda de sus vidas de estos tres diocesanos. Los obispos españoles nos recuerdan que: "Como Pedro, mártir de Cristo, o Esteban, el protomártir, nuestros mártires fueron también valientes. Aquellos primeros testigos, según nos cuentan los Hechos de los Apóstoles, "predicaban con valentía la Palabra de Dios" (Hch 4, 31) y "no tuvieron miedo de contradecir al poder público cuando éste se oponía a la santa voluntad de Dios: 'Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres' (Hch 5, 29). Es el camino que siguieron innumerables mártires y fieles en todo tiempo y lugar." [7] Así, estos hermanos nuestros tampoco se dejaron intimidar por coacción ninguna, ni moral ni física. Fueron fuertes cuando eran vejados, maltratados o torturados. Eran personas sencillas y, en muchos casos, débiles humanamente. Pero en ellos se cumplió la promesa del Señor a quienes le confiesen delante de los hombres:

---

<sup>5</sup> Paul Claudel. "A los mártires españoles". Versión de Tomás Salas. Ediciones Encuentro, Madrid 2009

"No tengáis miedo... A quien se declare por mí ante los hombres, yo también me declararé por él ante mi Padre que está en los cielos" (Mt 10, 31-32); y abrazaron el escudo de la fe, donde se apagan la flechas incendiarias del maligno (cf. Ef 6, 16)"<sup>6</sup>.

Si es verdad que, como dice Claudel, no hubo ni una sola apostasía en aquel tiempo de persecución "in odium fidei", no menos verdad es que todos los mártires murieron perdonando a quienes les arrebataban la vida, en una muestra insigne de una reconciliación entre hermanos que todavía la España de hoy agradece y necesita para seguir siendo fiel a su identidad cristiana, una realidad muy presente para cuantos vivimos en la cercanía del sepulcro del Apóstol, y mártir, Santiago el Mayor.

El perdón, como aseguran nuestros obispos, es una gracia especial que Dios regala a sus mártires: "Los mártires murieron perdonando. Por eso, son mártires de Cristo, que en la Cruz perdonó a sus perseguidores. Celebrando su memoria y acogiéndose a su intercesión, la Iglesia desea ser sembradora de humanidad y reconciliación en una sociedad azotada por la crisis religiosa, moral, social y económica, en la que crecen las tensiones y los enfrentamientos. Los mártires invitan a la conversión, es decir, "a apartarse de los ídolos de la ambición egoísta y de la codicia que corrompen la vida de las personas y de los pueblos, y a acercarse a la libertad espiritual que permite querer el bien común y la justicia, aun a costa de su aparente inutilidad material inmediata." No hay mayor libertad espiritual que la de quien perdona a los que le quitan la vida. Es una libertad que brota de la esperanza de la Gloria. "Quien espera la vida eterna, porque ya goza de ella por adelantado en la fe y los sacramentos, nunca se cansa de volver a empezar en los caminos de la propia historia" (Cfr. CCXXV Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española, Declaración Ante la crisis, solidaridad (3 de octubre de 2012), 7)"<sup>7</sup>.

---

<sup>6</sup> Conferencia Episcopal Española. Mensaje "Los mártires del siglo XX en España, firmes y valientes testigos de la fe", nº10. Madrid, abril de 2013

<sup>7</sup> Ibid, nº 12



## **Toda la Iglesia de Hispania**

El obispo de Tarragona, monseñor Jaume Pujol Balcells, escribe sobre las próximas beatificaciones de nuestros mártires en su Carta Pastoral *“Los mártires, testigos supremos del amor al Cristo”* que “el día 22 de noviembre del año 2012, también en una Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española, se decidió por mayoría que la ceremonia de beatificación de los mártires del siglo XX en España se celebrara en Tarragona por razón del número; pero, sobre todo, por razones pastorales.

La Iglesia de Tarragona posee una gran tradición martirial que se remonta a los primeros tiempos del cristianismo. Mártir fue san Pablo, quien difundiera el mensaje de la Buena Nueva desde la ciudad; mártires fueron los santos protectores de Tarragona, Tecla y Magín; pero fueron los santos mártires Fructuoso, obispo, y Augurio y Eulogio, diáconos, quienes abren y marcan la tradición local. Por otra parte, la Causa de Tarragona es la más numerosa en cuanto al número de beatos de las treinta y cuatro causas que componen esta magna beatificación.

Resulta muy apropiado que Tarragona acoja esta emotiva ceremonia ya que, como hemos dicho en muchas ocasiones, el primer fulgor del martirio en tierras de Hispania brilla en la antigua Tárraco con el de los santos Fructuoso, obispo de Tarragona, y sus diáconos Augurio y Eulogio. Por su venerable historia eclesial y martirial, la sede de Tarragona es merecedora y digna de acoger esta solemne beatificación: conviene no olvidar que san Fructuoso es la primera de las grandes figuras que nos ofrece la historia de la Iglesia española. Pastor de la comunidad cristiana de Tárraco a mediados del siglo III, era venerado tanto por los fieles como por los paganos. Expuso muchas veces su vida atendiendo —sin distinción de credo— a las víctimas de la peste que, por aquel entonces, asoló el imperio; sin embargo, Dios lo reservaba para el sacrificio más glorioso del martirio. El próximo 13 de octubre de 2013 podrá resonar otra vez el himno escrito por Aurelio Prudencio:

«Feliz Tárraco, oh Fructuoso, levanta

la cabeza que, resplandeciente con vuestras llamas,

por ti y tus dos diáconos a la luz brilla<sup>8</sup>.»

En este mismo texto, el prelado de la antigua Tárraco indica que: “Como hemos dicho anteriormente, esta beatificación tiene la voluntad de ser el acto culminante de las diócesis españolas en el Año de la fe, promulgado por quien en ese momento presidía la Iglesia universal, el venerado papa emérito Benedicto XVI. La Profesión de fe de esos siervos de Dios es admirable, porque la fe que proclamaron con los labios fue rubricada con su propia sangre. Ellos, que vivieron en el don de la fe, murieron por causa de esa misma fe y no se avergonzaron de la cruz del Señor (cf. 2 Tim 1,8). Es ahora el mismo Señor quien, mediante el ministerio de la Iglesia, les glorifica para la edificación del cuerpo de Cristo y para la gloria de la santa Trinidad.

Durante el Año de la fe, gracias a tantas iniciativas pastorales, estamos todos aprendiendo a hacer la *confessio fidei* con una comprensión de lo que creemos, buscando una mayor coherencia entre vida y fe a fin de convertirnos en testigos del Evangelio y semilla para una reevangelización de nuestra sociedad.

Impresiona pensar que, por esa fe que nosotros proclamamos, muchas personas dieron su vida. Son para nosotros ejemplo de fidelidad y fortaleza. Quiero hacer memoria de quien hasta hace poco era Pontífice de la Iglesia católica mediante su carta apostólica en forma de “*motu proprio*” *Porta fidei*<sup>9</sup>: “Por la fe, los mártires entregaron su vida como testimonio de la verdad del Evangelio, que los había transformado y hecho capaces de llegar hasta el mayor don del amor con el perdón de sus perseguidores.»

---

<sup>8</sup> Aurelio Prudencio, “Libro de las Coronas” o “Peristephanon”

<sup>9</sup> Carta apostólica “Porta fidei”, n. 14.

Que la glorificación de tantos siervos de Dios sea para todos nosotros un acicate para renovar la fe, y llene de nueva vitalidad nuestras diócesis. En la tradición cristiana se ha considerado que un mártir es una persona que muere por la fe religiosa, y en muchos casos es torturada hasta la muerte. En múltiples ocasiones asimilamos “mártir” a los mártires cristianos de los tres primeros siglos, quienes fueron asesinados por sus convicciones religiosas. Sin embargo, ha habido más mártires cristianos en el siglo XX que en el conjunto de los diecinueve siglos anteriores. Cabe señalar también que en nuestro siglo XXI continúan las persecuciones religiosas, y que la mayoría de ellas tienen a los cristianos como víctimas”.

El Papa Francisco autorizó a la Congregación para las Causas de los Santos a publicar cuatro decretos, correspondientes a mártires del siglo XX en España, que suman 42 mártires más a los ya publicados hasta el momento. En total, el domingo 13 del próximo mes de octubre, serán beatificados en Tarragona 522 mártires. Hacemos pública a continuación la lista general definitiva (por orden alfabético de las diócesis de las causas y por estado eclesial).

### **Los mártires del Año de la Fe**

Estos son los 522 mártires que serán beatificados:

Por orden alfabético de las diócesis de las causas:

Ávila

— 5 Sacerdotes diocesanos

Barbastro

— 18 Benedictinos, de El Pueyo

Barcelona

— 19 Hijos de la Sagrada Familia y 1 laico

— 9 Mínimas y 1 laica

— 1 Sacerdote diocesano (José Guardiet i Pujol)

Barcelona, Madrid, Valencia y Málaga

— 24 Hermanos de San Juan de Dios

Bilbao

— 2 Dominicos

Cartagena

— 4 Franciscanos

Ciudad Real

— 6 Trinitarios

Córdoba

— 10 Carmelitas de la antigua observancia

Cuenca

— 6 Redentoristas

Jaén

— El Obispo Manuel Basulto, 3 sacerdotes diocesanos, 1 seminarista y 1 laico.

— 1 Calasancia

Lérida

— 2 Sacerdotes diocesanos ("Los Curetas de Monzón")

- El obispo Salvio Huix Mirapleix
- 19 Mercedarios de la Provincia de Aragón
- 4 Carmelitas descalzos y 1 sacerdote diocesano
- 66 Hermanos maristas y 2 laicos

#### Madrid

- 5 Religiosos de los Sagrados Corazones
- 20 Hermanos de las Escuelas Cristianas y 1 sacerdote diocesano
- 9 Carmelitas de la antigua observancia y 16 Hermanos de las Escuelas Cristianas
- 15 Hijas de la Caridad
- El restaurador de los jerónimos (Manuel de la SF Sanz Domínguez)
- 4 Siervas de María
- 32 Capuchinos, de los conventos de Jesús de Medinaceli y de El Pardo.
- 3 Franciscanas misioneras de la Madre del Divino Pastor

#### Menorca

- 1 Sacerdote diocesano (Juan Hugué Cardona)

#### Sigüenza-Guadalajara y Ciudad Real

- 16 Claretianos

#### Tarragona

- El Obispo auxiliar, Manuel Borrás, 66 sacerdotes diocesanos,

2 seminaristas, 7 carmelitas descalzos, 20 benedictinos (de Montserrat),

1 capuchino, 7 claretianos, 39 hermanos de las escuelas cristianas

y 4 terciarios carmelitas

Teruel

— 14 Paúles

Tortosa

— 15 Operarios Diocesanos

Valencia

— 13 Hijas de la caridad

— 2 Hijos de la Divina Providencia (orionistas)

Por estado eclesial

a) Diocesanos: 86 mártires

3 obispos (Lérida, Jaén y Tarragona)

80 sacerdotes (Avila, Barcelona, Jaén, Lérida, Madrid, Menorca y Tarragona)

3 seminaristas (Tarragona y Jaén)

b) Consagrados: 431 mártires

75 hermanos de las escuelas cristianas

66 hermanos maristas

38 benedictinos

33 capuchinos

28 hijas de la caridad

24 hermanos de San Juan de Dios

23 claretianos

19 carmelitas de la antigua observancia

19 hijos de la Sagrada Familia

19 mercedarios

15 operarios diocesanos

14 paúles

11 carmelitas descalzos

9 mínimas

6 redentoristas

6 trinitarios

5 religiosos de los Sagrados Corazones

4 franciscanos

4 siervas de María

4 terciarios carmelitas

3 franciscanas misioneras de la Madre del Divino Pastor

2 dominicos

2 hijos de la Divina Providencia (orionistas)

1 calasancia

1 jerónimo

c) Laicos: 5 mártires

4 laicos (Barcelona, Lérida y Jaén)

1 laica (Lucrecia García Solanas)

Total: 522 mártires

### **HERMANA ISABEL REMIÑÁN CARRACEDO**

En la presentación de mons. José Luis Gutiérrez, relator de la causa, en la *Positio* sobre el martirio de la sierva de Dios Hermana Isabel Remiñán Carracedo (junto a la Hermana Asumpta y a la Hermana Gertrudis, todas ellas de la congregación Franciscanas Misioneras de la Madre del Divino Pastor), se asegura que los dos escritos que se conservan de esta religiosa gallega “constituyen un muestrario eficaz de su estilo y del espíritu que la animaba”.

El día 13 de mayo de 1998, la Madre Mercedes Jiménez de la Rosa, postuladora de la orden de las Franciscanas Misioneras de la Madre del Divino Pastor, presentó en Madrid al cardenal Rouco Varela el *supplex libellus* para la introducción de la causa de beatificación de sor Isabel, junto a sus otras dos hermanas. Entre los testigos que fueron llamados a declarar se encontraban cuatro familiares de sor Isabel, entre ellas Carmen Lavandeira, sobrina-nieta de la mártir.

En aquellos terribles años de la persecución religiosa en España, la congregación de las Franciscanas Misioneras de la Madre del Divino Pastor tenía en Madrid su Casa Madre, con iglesia y convento en la zona de Cuatro Caminos; un Colegio en el Puente de Vallecas; el



Hospital de la Venerable Orden Tercera; y el Colegio “Sagrado Corazón”, en el pueblo de Fuencarral. Todos los centros, alguno incluso desde los primeros días de la proclamación de la II República, sufrieron ataques de distinto tipo por parte de todos aquellos que actuaban “in odium fidei”.

Sor Isabel Remiñan Carracedo había nacido el 17 de junio de 1876 en Seavia de Coristanco, en la localidad de Amboade, hoy comarca de Bergantiños con capital en Carballo. Era hija legítima de Francisco Remiñán y Pilar Carracedo, nieta paterna de Antonio Remiñán y Teresa Casas, y materna de Antonio Carracedo y María Teresa Bermúdez. Fue bautizada el 18 de junio de ese mismo año en la parroquia de San Mamede de Seavia, Concello de Coristanco. María del Consuelo –ese era su nombre- pertenecía a una familia de labradores de posición desahogada, católicos practicantes. Entre sus parientes se encontraba Don Pedro Bermúdez de Villar, Oídor Decano de la Real Audiencia General de Galicia y procurador en Cortes en 1835 y 1836, y Don José Otero Carracedo, catedrático de Derecho Romano y rector de la Universidad de Sevilla. Varios familiares y parientes próximos siguieron la vocación a la vida religiosa.

Estos datos figuran en la documentación correspondiente a la *Positio* sobre su martirio. En el mismo volumen se recuerda que “María Consuelo recibió la Confirmación como era preceptivo para iniciar la vida religiosa, y el 19 de noviembre de 1905 vistió el hábito en el noviciado de la Casa Generalicia cambiando su nombre por Hermana Isabel. Emitió su profesión temporal el 12 de diciembre de 1907 y la perpetua el 15 de diciembre de 1912 también en la Casa Generalicia”.

#### Una vida piadosa

En sus últimos años, según se indica en dicha publicación, “el Señor la probó con una enfermedad algo repugnante, por lo que fue preciso que pasara a la Enfermería de la Comunidad, y fue entonces el momento en que se vio más patente su humildad y su espíritu

de sacrificio. Se sabía que se hallaba enferma, pero no por lo que se quejara (nunca se la oyó lamentarse), sino por lo que en ella se veía”.

Todos los testigos que aportaron su testimonio<sup>10</sup>, “la recuerdan como una religiosa piadosa, compendio de virtudes, exacta en la observancia de la Regla, siempre ocupada, jamás ociosa, que soportó con heroica fortaleza su enfermedad, sin quejarse nunca, con humildad y espíritu de sacrificio”.

Don Antonio Carracedo, párroco y pariente de esta mártir, afirmaba que “la he tratado mucho desde niña” y “siempre fue persona de carácter, de constancia, de energía y decidida”.

Tanto la hermana Isabel como sus dos compañeras mártires, así como las órdenes religiosas, los sacerdotes y los laicos comprometidos eran conscientes “de la situación que estaban por afrontar: persecución y probable martirio”. Desde la instauración de la II República, las hermanas franciscanas “vestían de seglares” y a sus alumnas “cuando iban a rendir el examen de ingreso al Bachillerato las vestían con ropas distintas al uniforme que llevaban en el colegio para que no aparecieran mezcladas con temas religiosos”.

Sor Isabel, cuando la quema de conventos e iglesias en mayo de 1931, “fue enviada por sus superiores a casa de su familia. Residía en la casa rectoral de la parroquia de Sofán, donde su pariente Don Antonio Carracedo Viña era párroco. Durante el tiempo que estuvo con su familia recibió una carta de la Superiora General en la que ésta le informaba que las otras religiosas, que también habían marchado por motivos de seguridad, habían vuelto al convento. Esta noticia le produjo una gran alegría y decidió ella también regresar a Madrid”.

Don Antonio Carracedo decía en una carta dirigida a la Congregación sobre aquel tiempo que pasó sor Isabel en su tierra natal que “me llamó la atención oírle cantar en su

---

<sup>10</sup> Todos los datos y las citas referentes a sor Isabel están extraídos de la *Positio super Martyrio*, entregada a la Congregación para las Causas de los Santos, en el año 2002

habitación un día, era la alegría que le rodeaba porque había recibido aviso de que podía volver a la Congregación. Salió de Sofán prometiéndome volver a despedirme por marchar a Madrid. No lo hizo por no perder tiempo; tanto le urgía el regreso”.

Sor Isabel se despidió de sus familiares y ellos, llorando, le pedían que no marchara, como recuerda Pilar Lavandeira Remiñán, sobrina de María del Consuelo: “La confianza en Dios la tenía siempre. También cuando se despidió de la familia camino de Madrid, en 1931. Hubo mucho llanto en la familia y las hermanas le decían que no se fuera. Ella decía que ‘su destino era ese’ y que ‘Dios se acordará de nosotros”.

Pilar Lavandeira recuerda, además, la siguiente anécdota: “cuanto mi tía recibió la carta lloraba de contenta. Mi madre lloraba porque su hermana se marchaba y yo que era una niña le preguntaba a mi madre que por qué lloraba ella si la tía estaba contenta”.

En el libro en el que se recoge la historia del martirio de sor Isabel y sus dos hermanas, se refuerza esa anécdota y se lee: “Confirmado por la declaración de Consuelo Lavandeira Remiñán y por Elvira Remiñán Andrade, sobrina de la sierva de Dios Isabel Remiñán, quien agrega que al pasar por La Coruña para Madrid le silbaron a la sierva de Dios. Esto sucedió porque la hermana Isabel cuando volvió a Madrid fue acompañada por su padre hasta La Coruña; aquí se puso el hábito y en la misma casa en que se cambió de ropa le decían lo peligroso que era ir vestida con el hábito. Su padre contó a la familia cómo la insultaban por llevar el hábito religioso”.

Pocos años después, ya en 1936, Don Antonio Carracedo explicaba en una carta a la Congregación que sor Isabel “algunos días antes de su martirio me escribió desde el hospital en que se hallaba enferma. Se presentaba muy animada y valerosa. Mucho siento no conservar tan hermoso documento”.

### Detención

El relato que se encuentra en la *Positio* incluye, por supuesto, una crónica de cómo fueron los últimos instantes de sor Isabel Remiñán. Allí se dice lo siguiente:

“Leyendo las declaraciones escritas extrajudiciales de algunas religiosas Franciscanas Misioneras de la Madre del Divino Pastor y el Libro de difuntas del Archivo general de la misma Congregación, parecería que las circunstancias de detención de la Hna. Isabel no son muy claras, pero debemos tener en cuenta dos precisiones:

a) el ambiente que se vivía en Madrid después del 18 de Julio era muy confuso y dramático y las noticias llegaban de unas y otras religiosas parcialmente; las reconstrucciones de los hechos se hacían en base a estos datos fragmentarios.

b) para reconstruir el periodo de vida de la Hna. Isabel que va desde el 18 de Julio hasta la noche en la cual no le dan alojamiento en la calle Arenal (algunos días después del 7 de agosto), se han elegido las declaraciones de las religiosas que han presenciado los hechos (testigos *de visu*); todas las otras declaraciones que hablan de los hechos en general (*de auditu*) han sido descartadas.

Cuando los milicianos incautaron la Casa General salieron todas las religiosas menos sor Isabel y la hermana Dorinda, que salieron diez días más tarde a casa del churrero de la Casa Madre, que las apreciaba mucho y vivía en la calle de Bravo Murillo, número 14, que las había tenido que despedir porque él corría mucho peligro y, antes que le ocurriera algo, las mandó a la calle Arenal.

En los primeros días de agosto, a las ocho de la noche, sor Isabel Remiñán llamó a la puerta de la calle Arenal, pues de la nueve en adelante ya no se podía andar por la calle. La Madre Pastora, religiosa que tenía bajo su responsabilidad las religiosas que vivían en dicho piso, no la quiso recibir, por temor a sufrir registros de los milicianos. La sierva de Dios sola y enferma, y de noche siguió su camino y las religiosas no volvieron a saber más de ella. Las

jóvenes quedaron consternadas ante la dureza de la Madre, pero sin decir palabra y pensando en que Dios, en su infinita misericordia, la ampararía. Zuñiga y Teresa, por indicación de la Madre Clotilde, sin que la otra se enterase, estuvieron indagando a ver si la encontraban, pero no se supo más de ella”.

La familia tardó mucho en saber con exactitud cómo y cuándo se produjo su martirio. De hecho, hasta encontrarse el certificado de defunción no se sabía la fecha precisa de su muerte. Era el 6 de agosto de 1936. En el certificado puede leerse que “fue hallada cadáver sobre las 12 horas de ayer (el certificado lleva fecha de 7 de agosto) en el kilómetro 5 de la Carretera de Perales del Río, con documentación a nombre de Consuelo Remiñán Carracedo, a consecuencia de lesiones por disparo de arma de fuego...”.

Los hechos en sí no quedan claros. En sus “Memorias”, la hermana María Elena Diz Lois asegura que: “sor Isabel salió del convento con dirección a la calle del Arenal y al llegar a Cuatro Caminos, unos niños empezaron a decir: “esta es una monja”. La apedrearon y allí entregó su alma a Dios”.

#### La fama de martirio

Tanto en la Congregación como en la familia de sor Isabel, se consideró desde el primer momento de conocer su muerte que María del Consuelo había sido mártir. Su pariente, el cura de Sofán, Don Antonio Carracedo, escribía en una carta a la Congregación: “en fin, la tengo por una santa en el Cielo, a ella me encomiendo en mis pobres oraciones”. El resto de su familia también tuvo certeza de su testimonio martirial.

La hermana Adelina Castro, en su testimonio, explica que a “la Madre Isabel, se la veía rezar durante el día en una tribuna que daba a la iglesia desde la enfermería. Yo la vi siempre como una religiosa alegre y resignada con su enfermedad. Muy humilde. Todo esto lo sé por lo que yo pude ver”.

Estos testimonios arrojan algo más de luz sobre las circunstancias previas al martirio de María del Consuelo. Así, las declaraciones de la hermana Eulalia Pérez de Nanclares aclaran que en “cuanto a sor Isabel, estaba en el hospital de la Venerable Orden Tercera, y una de las cosas que más llamó la atención en la Congregación fue que, no obstante ser la Madre Isabel mayor y estar tan enferma, que se la llevasen para ser fusilada”.

Otra hermana de Congregación, sor Imelda Gan Gan, abunda en este hecho de su internamiento en el hospital: “De la madre Isabel lo que puedo decir es que estaba en el hospital de la Venerable Orden Tercera. La única causa de la detención fue que eran religiosas, ya que jamás hemos oído que tuviesen ninguna significación de tipo político”.

Por su parte, sor María Rosa Díaz dice de ella que “yo veía rezar a sor Isabel con un verdadero espíritu de fe, de devoción y sincera piedad”. Pero, sin duda, uno de los testimonios en los que se resume de forma más impactante la fama de martirio de sor Isabel y de sus dos compañeras es el de la hermana María García Castilla: “En todo momento supieron aceptar la voluntad de Dios y lo hicieron con mucha serenidad y fortaleza, pues vivían muy unidas al Señor y sólo de Dios puede venir esta fuerza. Por lo que la Madre Teresa me manifestó, las tres siervas de Dios, además de sufrir el martirio, se distinguieron en su vida por la práctica de las virtudes. Cada una en su estilo. Isabel desde ese anonadamiento por su enfermedad. Assumpta por su disponibilidad y delicadeza en la obligación como sacristana, y la hermana Gertrudis en ese servicio de estar atenta a ayudar a las demás, con humildad y gran caridad... Nosotras, Franciscanas, siempre las hemos considerado mártires y forman parte de la historia viva de la Congregación”.

Los testimonios de la familia de sor Isabel son también muy impactantes. Consuelo Lavandeira Remiñán, sobrina carnal de sor Isabel, afirma que “en casa había una hermana, mi madrina, que estaba mal y había que cuidarla. También había otra tía suya que se volvió local y vivió aquí varios años: había que estar muy pendiente de ella, porque escapaba de casa o se

tiraba por las ventanas. La tía Consuelo quería trabajar en el campo, pero su madre le decía que no, que había trabajo de sobra en casa cuidando de las enfermas. Cuidó muy bien de ellas. Era buena con ganas”.

Pilar Lavandeira, también sobrina carnal, explicaba que “se veía que amaba a Dios y este amor lo demostraba en el celo que tenía por enseñarnos a rezar. Ella tenía ansia de que todos los niños fueran a hacer la primera comunión y que los preparasen para ello... Enseñaba a rezar a los niños “cada uno en su escala”. Al que estaba confesado le enseñaba oraciones como el rosario y a dar gracias a Dios por haber llegado a ese día. Yo todavía rezo oraciones que me enseñó mi tía... Decían en la aldea: “La monja de Lavandeira debe ser santa, porque va todos los días a misa... Para mí la muerte de mi tía Isabel fue por odio a la fe y yo la tengo por mártir”.

Otra testigo, Amparo Santos Reiriz, había declarado de sor Isabel que “advertí siempre en ella una gran humildad y profunda caridad... Decían en la Casa Madre que, cuando salieron las hermanas para esconderse en pisos, quisieron llevarla, pero ella prefirió quedarse en el convento y que al entrar los rojos la encontraron. Oí decir que su cadáver apareció en los alrededores de Barajas”. Por su parte, María Socorro Castro indicó que “a la madre Isabel la conocí porque estaba enferma: tenía unas pústulas en la cara y estaba en la enfermería. Era una hermana ejemplar y observante”.

En la síntesis biográfica recogida por la Madre María Mercedes Jiménez de la Rosa<sup>11</sup> que incluye, a su vez, referencias escritas por la Madre Olvido Fernández, se puede leer que “esta hermana de acrisolada piedad, compendio de virtudes, de exacta observancia en todos los puntos de la Regla, sin que jamás se la viera faltar al silencio, molestar a nadie con la más insignificante palabra, siempre ocupada, jamás ociosa, no obstante de padecer una penosa y crónica enfermedad de escrofulismo que sobrellevó con una paciencia sin límites..., estuvo

---

<sup>11</sup> “Amor y Sacrificio”, publicación editada por las Franciscanas Misioneras de la Madre del Divino Pastor, vol. II

sujeta a las más horribles pruebas durante el dominio rojo. Se hospitalizó en nuestro hospital de la Venerable Orden Tercera, para que viendo su aspecto y rostro señalado por las imponentes fístulas tuvieran alguna consideración por su estado y verse así libre de algún atentado ya que en sí no tenía ninguna defensa. Sus esperanzas fueron frustradas, pues pronto aquella chusma de vecindad, se levantó de una manera imponente contra las hermanas, el edificio y sus ocupantes, de tal manera, que allí no podía entrar nadie y menos salir. La hermana llena de pavor y temiendo algún atropello, aprovechó una coyuntura que, sin ser vista pudo escapar. Se entrevistó con una hermana donada nuestra que buscó, por el momento, una casa particular donde pudiera pernoctar. No creyéndose segura ahí por los muchos registros y temiendo comprometer a los que la habían acogido, se despidió y un individuo de la misma casa la acompañó hasta la Puerta del Sol, desde donde cada cual siguió su rumbo. Se cree que volvía al mismo hospital y al ser conocida, aquella vecindad enfurecida arremetería contra ella a pedradas, pues ese era el sistema de esa gente contra los que se acercaban a ese edificio”.

#### Un testimonio familiar

Carmen Lavandeira Remiñán, sobrina nieta de sor Isabel y natural y residente en Carballo, donde pudimos conversar con ella mantiene muy vivo el recuerdo de la mártir que ahora será beatificada.

“Lo que sé de ella”, afirma, “es por oídas y por las cartas que he leído. En mi casa se hablaba muchas veces de ella. Hablaba de ella mi abuelo y mi padre, que era el sobrino mayor de casa. Ella había estado algún tiempo aquí, debido a los problemas que había en Madrid, a la inseguridad que existía, un poco como refugiada. Fue en esos días cuando mi padre y sus hermanas la conocieron”.



“Cuando se empezó la causa de beatificación, la Madre María Mercedes estuvo aquí<sup>12</sup>. A mí me encargaron que hiciera un resumen de la familia. La familia le dio a la Madre María Mercedes todo tipo de detalles de ese tiempo que había estado aquí con sor Isabel, porque se acordaban perfectamente de ella”.

“Mi padre”, explica Carmen Lavandeira, “era sobrino suyo; era hijo de una hermana de sor Isabel. En las reuniones familiares siempre se acordaban de la tía Consuelo: ¿Sabe Dios lo que habrá sido de ella; lo que le hicieron; lo que habrán hecho sufrir?”.

“Aquí no se sabía nada. Había desaparecido, sin más. Incluso alguna carta del año 1952 que escribió la Madre de Madrid a las hermanas de aquí, decía que no sabían nada, pero que tenían la seguridad de que estaba en el Cielo. Pero de su cuerpo no se sabía nada. La familia no sabía nada. La familia sufrió muchísimo por eso, por no saber nada”.

Carmen Lavandeira se emociona y alegra ahora tras recibir la comunicación oficial de la pronta beatificación. “¡Solo de pensar en mi padre, me da alegría. Conocer esto, sería para él la alegría más grande que le podrían dar. Si viera ahora que la van a beatificar, para él sería lo máximo que podría pedir”.

“Vamos a ir a Tarragona. No sé todavía cuántos, pero iremos; los bisobrinos vamos a ir. La tía Consuelo tiene todavía sobrinos directos, hijos de hermanos, pero son de 90 años para arriba... Y son sobrinos que se acuerdan de oír hablar de ella, pero no la trataron tan directamente como las hermanas de mi padre, porque los hermanos de mi padre hablaban de ella como si fuera algo que había pasado hace un mes o hace uno año. La tenían muy presente porque habían convivido con ella en la misma casa”.

“No supe nunca”, añade, “cómo había tenido la llamada de Dios a la vocación religiosa. Sé que tenía 19 ó 20 años cuando fue a un colegio de Santiago. La familia era muy religiosa. Mi

---

<sup>12</sup> Se refiere a Carballo

padre era también muy religioso, muy creyente y a veces decía: “¡es que tía Consuelo tenía tanta confianza en la Divina Providencia... Los tiempos eran difíciles para regresar a Madrid... Ella nunca debía haber regresado!”. Pero ella decía que aquí no estaba su sitio y que tenía que marcharse”.

El relato de Carmen Lavandeira continúa: “Cuando se marchó, mi abuelo la acompañó a A Coruña. Al llegar allí, ella se puso el hábito. Y mi abuelo contaba que nada más ponerse el hábito y salir a la calle, empezaron a silbar, a hacerle gestos. Y mi abuelo le decía: “¡vuelve para casa, Consuelo, vuelve para casa conmigo!”. Pero ella decía: “¡en cuanto suba al tren, no va a pasar nada!”. Después, poco tardó en desaparecer”.

Carmen Lavandeira explica que eran siete hermanos y que sor Isabel era la cuarta. “Su madre”, afirma, “falleció cuando ella era muy pequeña, cuando tenía 11 años. Los hermanos eran: Elvira, José, Hipólito, Consuelo, María Josefa<sup>13</sup>, Aurea y Soledad.

“Mis tíos contaban que cuando estuvo aquí, iba a misa y decía que el camino desde casa hasta la iglesia era justo el tiempo de rezar un rosario...”. “Había estado, además, un tiempo en casa de un primo que era cura, en Sofán, Antonio Carracedo, quien tenía una hermana religiosa en las Hijas de la Caridad”.

### **SOR MARÍA LUISA BERMÚDEZ RUIZ**

En el libro “Un diamante de treinta caras”<sup>14</sup>, las hermanas Ángeles Infante y Lucrecia Díez recogen los datos biográficos de treinta Hijas de la Caridad martirizadas en aquel convulso periodo de nuestra reciente historia. En su Introducción, ambas religiosas indican que con esta obra “queremos poner de relieve que los mártires son testigos de esperanza, jamás

---

<sup>13</sup> María Josefa es la abuela de Carmen Lavandeira

<sup>14</sup> “Un diamante de treinta caras”, Sor Ángeles Infante y Sor Lucrecia Díez, Editorial La Milagrosa, Madrid 2012

sembradores de miedo. Así fue en la Iglesia primitiva y continúa siendo hoy. Ellos nos estimulan a ser firmes en la fe y personas comprometidas con las necesidades del mundo, nos invitan al seguimiento de Jesucristo”.

Aquí, en este volumen, es donde encontramos la reseña vital de Sor María Luisa Bermúdez Ruiz. María Luisa<sup>15</sup> fue la mayor de los tres hijos nacidos del primer matrimonio de Elías Bermúdez Cotón y María del Carmen Ruiz García-Flores. Nació el 10 de agosto de 1893 en Sabugueira, provincia de A Coruña, aldea cercana a Santiago de Compostela, donde recibió el Bautismo. Cuando ella vino al mundo, los padres vivían en una casa palaciega llamada Pazo Xan Xordo con escudo propio distinguido por la cruz central y la inscripción Ave María. El escudo muestra la religiosidad de la familia.

María Luisa disfrutó en sus primeros años del cariño familiar junto a su hermana Purificación-Asunción, dos años más joven que ella, que también fue Hija de la Caridad. Ambas frecuentaron la escuela del pueblo donde aprendieron a leer, escribir y una cultura básica. En su infancia sufrieron el dolor de ver morir al hermano a las pocas semanas de su nacimiento. Entonces los padres decidieron llevarlas a estudiar al Colegio que las Hijas de la Caridad tenían en Santiago de Compostela como alumnas internas. En plena adolescencia, cuando María Luisa iba a cumplir los catorce años, murió su madre; dolor más intenso que el de la pérdida del hermano.

Las hermanas del colegio ayudaron a las dos jóvenes a asumir el duro golpe de la muerte materna que marcó para siempre su psicología. María Luisa y Asunción permanecieron internas en el colegio de Santiago hasta su ingreso en la Compañía. D. Elías, su padre, contrajo matrimonio por segunda vez, llenándose de hijos e hijas en pocos años: dos de ellas llegaron a ser también Hijas de la Caridad.

---

<sup>15</sup> Todos los datos que aparecen a continuación están tomados de esta obra (pág. 81 y ss.)

María Luisa cursó estudios de magisterio y María Asunción de enfermería. Ambas pertenecieron a la Asociación de Hijas de María y en ella percibieron la necesidad de la oración y el amor a los pobres. En ese contexto acogieron la llamada de Dios para ser continuadoras de la misión de Jesucristo. Su padre les concedió fácilmente el permiso para su ingreso en la Compañía. Siendo ya hermanas, de común acuerdo, legaron su herencia a los Misioneros de la Congregación de la Misión como agradecimiento por la ayuda que les habían prestado en su discernimiento vocacional y a su padre en los apuros económicos que sufrió después de que ellas ingresaran en la Compañía.

#### Vocación y apostolado

María Luisa hizo la prueba o postulante en el Asilo de San Blas de Madrid y el día 30 de agosto de 1917 ingresó en la Compañía. Fueron sus formadoras Sor Úrsula Tablado y la sierva de Dios Sor Justa Domínguez de Vidaurreta, profesora de Historia Sagrada, Catecismo de la Iglesia y biografía de los fundadores. Sor María Luisa tuvo mucha confianza con Sor Justa en la que encontró comprensión y ayuda en medio de sus problemas familiares que por entonces eran muy fuertes.

Terminado el tiempo de formación inicial, fue destinada a la educación de los niños pequeños. Como maestra parvulista tenía un don especial; era cariñosa, acogedora, comprensiva en la clase y con gran capacidad de escucha. El primer destino fue la Residencia de niños Santa Eulalia de Barcelona (1918), seguidamente y en la misma ciudad, la Casa Maternidad. En 1920 fue enviada a la Casa Cuna Niño Jesús de Logroño y al año siguiente fue a la Casa Caridad de Zaragoza. En 1922 enfermó y fue enviada a la casa de reposo de San Cayetano de Madrid, en el barrio de la Guindalera para que pudiera reponerse.

Pasados unos meses fue destinada al Colegio-Asilo de las Mercedes de Madrid, donde emitió los votos en 1922. En esta casa realizó su misión como educadora y maestra de educación primaria. En ella se sintió feliz. Al iniciarse la quema de conventos en Madrid en

mayo de 1931, fue destinada al Colegio-Asilo San Eugenio de Valencia. Allí la confiaron el taller-obraador de costura de las jóvenes. Era primorosa en el arte del bordado en cualquier clase de tejido. Al finalizar su jornada lectiva dedicaba su tiempo a la enseñanza de labores a las mujeres del barrio.

Sor María Luisa sufrió bastante tras la emisión de sus votos porque su padre no acertó a integrar su viudez después del segundo matrimonio, y llevó una vida un tanto irregular con muchos problemas económicos y graves reveses de fortuna. El agobio psicológico causado por los problemas familiares llegó a hundirla en una fuerte depresión. Era tan dolorosa la situación que no quería hablar del tema con nadie. Sólo una prudente compañera de Comunidad, en la que encontró comprensión y ayuda, pudo conocer de cerca la realidad. Parecía ensimismada y excesivamente centrada en ella misma; era el sufrimiento que la acosaba... Esta fue la causa de los sucesivos cambios de comunidad y destino.

El testimonio aportado por las hermanas que vivieron con ella coincide con el perfil conservado en los archivos de la Compañía: "Alta de estatura, buen espíritu, educada y amable, buen carácter, piadosa, fiel a las Reglas, trabajadora, bastante inteligente con buena cultura y bien preparada para la misión". Le costaba bastante adaptarse a la comunidad después de un cambio de destino. La variedad de los mismos fue un motivo de sufrimiento que expresa discretamente en su correspondencia, pero siempre en disponibilidad de obedecer fielmente a los superiores. Tenía un carácter muy sensible, sufría por las necesidades propias y ajenas, se preocupaba mucho por su familia, la comunidad y los pobres. Fiel a la oración y devota de la Eucaristía, ponía empeño en ser fiel a las Reglas y responsable en las tareas encomendadas. Su gran sensibilidad y delicadez la hacían ser muy compasiva con los necesitados.

Preparación para el martirio

Al ser expulsadas del Asilo, Sor María Luisa con Sor Rosario<sup>16</sup> y Sor Micaela marcharon juntas a Puzol donde estuvieron refugiadas tres semanas. El padre Buenaventura Esteve, refugiado en la misma casa, celebraba la Eucaristía diariamente. Esta oración litúrgica y comunitaria les proporcionó a todas la fuerza necesaria para afrontar el martirio, acaecido el 18 de agosto de 1936. Tenía 43 años de edad y 19 de vocación. Su vida de entrega vivida en la escucha atenta de la Palabra de Dios, la obediencia y disponibilidad para el servicio confiado, la capacitaron para acoger el don del martirio en disponibilidad al plan providente de Dios sobre ella.

En Sabugueira, en el Pazo de San Xordo donde nació, sus paisanos le han dedicado una estatua con la palma del martirio para recordar su memoria. Es un pequeño signo de su fama de mártir, conservada a lo largo del tiempo.

#### Itinerario martirial del grupo

Al ser expulsadas del asilo de San Eugenio, Sor Rosario, Sor María Luisa y Sor Micaela fueron a refugiarse en Puzol (Valencia), en la casa familiar de su compañera Sor Concepción Pérez<sup>17</sup>. Enterado el Comité del Pueblo, comenzaron los registros e interrogatorios casi diarios, que terminaban siempre con amenazas de muerte. Así estuvieron desde el 10 de agosto hasta el día 15, en que las tres hermanas escribieron a su superiora Sor Ignacia Ferrer, que se encontraba refugiada en una pensión de Valencia. En su carta solicitaban que les buscase otro refugio porque allí percibían que corrían mucho peligro.

Sor Cipriana Lezaún, por mandato de Sor Ignacia, fue a buscarlas el día 17 de agosto, pero ya no pudo hacer nada... Al llegar vio cómo los miembros del Comité iban a detener a las hermanas. Eran las ocho de la tarde. Se las llevaron en un coche en el que iba también el sacerdote franciscano Padre Esteve, refugiado en la misma casa. Las llevaron a la sede del

---

<sup>16</sup> Se trata de Sor Rosario Ciercoles Gastón y de Sor Micaela Hernán Martínez, también mártires

<sup>17</sup> A su vez, mártir en Vallecas, en Madrid

Comité de Puzol. Aquella noche las obligaron a limpiar todas las dependencias y después intentaron martirizarlas moralmente abusando de ellas. Según los testigos las hermanas se resistieron y gritaban juntas: “¡Eso no, por favor mátennos, pero eso no!... ¡Preferimos morir!”.

Al día siguiente, 18 de agosto de 1936, los milicianos designados las llevaron en un coche a un campo de Benavites, pueblo cercano a Puzol. Las bajaron del coche, les quitaron las ropas exteriores y las metieron debajo de los limoneros para ultrajarlas de forma violenta. Sor Rosario Círcoles se encaró con ellos tratando de defender su virginidad consagrada y les habló muy fuerte, alentado a sus compañeras a defenderse y resistir con la fuerza del Espíritu. Como Jesús de Nazaret, ellas sufrieron en aquel huerto de limoneros la terrible agonía de la provocación más horrible para una mujer consagrada a Dios.

Alentadas por Sor Rosario y abrazadas a ella, las tres juntas rezaron silenciosamente implorando perdón: “Padre, perdónales porque no saben lo que hacen”. Seguidamente los perseguidores dispararon una ráfaga de metralla para acabar con su vida. Los campesinos que presenciaron los disparos testificaron el hecho martirial: “Antes de morir se abrazaron, pidiendo perdón, y así fueron fusiladas”. Al P. Esteve por ser natural de Puzol le dejaron en libertad, después de presenciar los fusilamientos. Él también fue testigo directo del hecho martirial. Era el 18 de agosto de 1936 al amanecer.

Los mismos milicianos avisaron al enterrador de Benavites para que recogiera los cadáveres y les diese sepultura en el cementerio del pueblo.

#### Guarda y veneración de los restos

El enterrador advirtió que Sor Rosario tenía la cabeza totalmente deshecha. Daba la impresión de que los milicianos quisieron vengarse de ella por su tenaz y valiente resistencia. Terminada la contienda, Sor Ignacia Ferrer y algunas hermanas de la Comunidad recogieron sus cuerpos y los llevaron al cementerio de la Casa de retiro la Cartuja, en El Puig (Valencia).

También percibieron que Sor Rosario Ciércoles tenía muchos tiros en el cráneo, mientras que las otras sólo tenían dos o tres.

La Comunidad hizo coincidir la fecha del traslado de los restos con una tanda de Ejercicios Espirituales en la que participaban cien hermanas. Así se quiso cumplir la consigna de San Vicente de Paúl que pide se veneren con respeto los lugares y reliquias de aquellas que mueren mártires de la fe. Con el paso del tiempo, desapareció la Casa de reposo, y los restos de las hermanas que murieron como testigos de la fe fueron trasladados al panteón de las Hijas de la Caridad del cementerio de Valencia. En 1966, tras la clausura del proceso diocesano de martirio, se realizó el llamado reconocimiento de los restos y su traslado a la urna sepulcral de la Casa de San Eugenio donde reposan actualmente.

### **PADRE FERNANDO OLMEDO, CAPUCHINO**

El tercero de los mártires de nuestra Archidiócesis que será beatificado en el próximo mes de octubre es el capuchino Fernando Olmedo. En el blog de la santiaguesa Parroquia de San Cayetano<sup>18</sup> han aparecido varias referencias sobre la vida de ese religioso natural de Santiago de Compostela. Allí, podemos leer, por ejemplo, que en la parroquia de San Miguel dos Agros hay una lápida conmemorativa que recuerda su bautizo en esa iglesia el 12 de enero de 1873 y su martirio el 12 de agosto de 1936 en Madrid. El P. Lorenzo Fernández ha escrito una biografía editada en 1971 en donde constan los hechos más destacados de su vida.

Hay una preciosa carta de la madre de Fernando que le escribe estando él en Santiago estudiando leyes y le quiere apartar de que se apunte a la Tuna, idea que no le gusta a la madre y a otras personas. Entre otras cosas le dice:

---

<sup>18</sup> Blog de San Cayetano



“Precisamente lo que me hace feliz en este mundo es la dicha de tener hijos buenos, como hasta aquí, y que hasta ahora os presentan como modelos, y no quiera Dios que tenga el pesar de ver frustradas tan buenas esperanzas.

No lo puedo esperar de tu buen criterio.

Reflexiona sobre ello y abandona tu idea, (de pertenecer a la Tuna) pues ya sabes que todo mi gusto es complaceros, pero no en aquello que pueda perjudicar mi conciencia.

Siempre tengo presente un dicho de tu abuela, que con frecuencia nos repetía: “que Dios habrá de pedir cuenta muy estrecha de los actos de los hijos, y así que prefería llorarlos muertos que pervertidos”.

Lo mismo digo yo, y eso que prefiero más vuestra vida y vuestra felicidad que la mía  
(...)

Y si te causa contrariedad este caprichito, ofréceselo a Dios, que El sabrá compensártelo (...)

Espero con ansia tu contestación, tu madre que te abraza de corazón”.

Elisa.

Tuvo varios trabajos como abogado y periodista y después de muchas vueltas termina siendo sacerdote capuchino. Este opúsculo que estamos comentando y esperamos que sea reeditado, dedica un capítulo al martirio que relata con todo detalle. Cuenta, entre otras cosas, cómo estando en una checa encarcelado, uno que le acompañaba le dice: “Sólo faltamos los dos por declarar, ¿qué vamos a decir?” El respondió: “La verdad, que somos religiosos capuchinos”.

Luego fue martirizado por odio a Dios y a cuanto tenía sabor cristiano el día 12 de agosto de 1936, en el madrileño Cuartel de la Montaña.

Sus restos se conservan en la capilla de N. P. Jesús de Madrid.

Pero en el citado blog hay todavía más información sobre la familia y las actividades del padre Olmedo. En el primer capítulo dedicado a glosar su vida se indica:

“En la ciudad de Santiago de Compostela, emporio de ciencia y de piedad, apareció el primer fruto de un matrimonio ejemplar, llamado él don Fernando Olmedo Ortega y ella, doña Elisa Reguera Estévez, el día 10 de enero del año 1873, recibiendo a los dos días con la estola de la inocencia el nombre de Fernando. El 15 de marzo de 1875 fue declarado soldado de Cristo mediante el santo sacramento de la confirmación. El recién nacido reunió en su naturaleza la seriedad y firmeza castellana, la alegría asturiana y la dulzura gallega, ya que su padre fue natural de Geria (Valladolid); sus abuelos paternos, de Valladolid y Geria, respectivamente; su madre, de Pontevedra, y los abuelos maternos, él de Cangas de Tineo y ella de Pontevedra. De esta benéfica mezcla dará pruebas inequívocas y edificantes durante toda su vida.

Bendijo el Señor el feliz matrimonio con nueve simpáticos retoños, cuatro de los cuales fueron en tierna edad arrancados del erial de la tierra para trasplantarlos a los fecundos cármenes de la gloria. Los que sobrevivieron se llamaron: Fernando (padre Fernando), María del Rosario, Mariano, Leandro, muerto en accidente de automóvil, y José. Fuera del padre Fernando, todos contrajeron honesto matrimonio. Al escribir estas líneas sólo vive don José, el ahijado y niño mimado del padre Fernando, y quien nos ha proporcionado abundantes datos y gran número de interesantes y densas cartas del siervo de Dios, para llenar cumplidamente el objeto acariciado.

“Mis padres, escribe don José, eran y procedían de familias profundamente cristianas e inculcaron a sus hijos los principios básicas de la religión católica, educándonos siempre dentro de la más estricta moral y de los deberes religiosos. Fernando fue el hermano mayor..., y tengo la impresión de que mis padres lo miraban como hijo predilecto, no sólo por ser el

mayor de todos y haber demostrado desde muy joven una inteligencia precoz, sino también por su docilidad, su aplicación a los estudios, sus buenos sentimientos y su religiosidad.” (José Olmedo.)

Durante su vida de seglar, según él escribirá más tarde, ya religioso, no sólo no dio ningún disgusto a sus padres, sino que éstos se sentían orgullosos y satisfechos de tener un hijo tan bueno y aplicado. Con sus hermanos fue siempre cariñoso, prodigándoles consejos y dándoles buen ejemplo en todos los actos de su vida; y a pesar de seguir carrera mayor, y los otros hermanos no pasar del bachillerato, dedicados después al comercio de su padre, nunca discrepó del modo de pensar de ellos ni sintió la más leve vanidad por su carrera, sino que vivió siempre muy unido y compenetrado con todos.

“Estudiaba el siervo de Dios tercer año de bachillerato, y como por la mañana entre clase y clase mediaba el tiempo necesario para oír una misa, Fernando y otros dos estudiantes aprovechaban la coyuntura y todos los días se dirigían a la parroquia de Salomé para asistir al divino Sacrificio. Enterados otros condiscípulos, ciertamente menos devotos, fueron a su encuentro, acercáronse a la puerta de la iglesia, formaron con sus brazos una especie de arco para que por debajo pasaran los tres estudiantes ejemplares, entonando al mismo tiempo cánticos en tono de difuntos, repitiendo la faena varios días consecutivos. Uno de los asistentes a la santa misa se acobardó y no volvió más desde la primera burla. Pero el otro y Fernando continuaron tranquilamente asistiendo, hasta que se cansaron los indevotos burlones y los dejaron en paz.” (Antonio Eleicegui.)

#### Trabajando como abogado

En el ya citado blog de San Cayetano se indica en una segunda entrega biográfica del padre Olmedo lo siguiente:

“La familia del siervo de Dios estaba establecida en Pontevedra cuando él terminó sus estudios, dedicado el padre y los hermanos menores con éxito admirable al comercio. Allí se estableció también el joven y novel abogado, trabajando como pasante con una de las figuras más prestigiosas de entonces en el Foro: el doctor don Felipe Ruza, muy amigo de la familia Olmedo, excelente persona y de eminente capacidad jurídica. Allí actuó con gran competencia, hasta que, habiéndole dado dicho señor Ruza un pleito para que lo estudiara y defendiera, al cabo de unos días se lo devolvió, renunciando a este encargo de defender el pleito por repugnar a su conciencia los argumentos que debían emplearse para defender al cliente. Y no sólo renunció entonces a la defensa del pleito, sino que desde aquel momento abandonó el ejercicio de la profesión, dándose baja en el Colegio de Abogados.

La admirable actitud del siervo de Dios en esta ocasión revela la delicadeza de su conciencia y el espíritu profundamente cristiano, que no le permitían la mentira, el dolo, el engaño, las razones falsas, y por lo mismo, sin razones, dejando el ejercicio de la profesión que tantos sacrificios había costado a su padre y a él mismo tantos desvelos para cursar la carrera de leyes. Terminado de este modo el imperativo de su recta y delicada conciencia, entró en el negocio que tenía su padre en la misma ciudad de Pontevedra, para dedicarse a los trabajos de escritorio y contabilidad, los que desempeñó con gran acierto y eficacia.

Entre tanto, habían sido convocadas oposiciones para contadores de Diputaciones y Ayuntamientos en Madrid. Como Fernando había ya desempeñado algún tiempo el escritorio y contaduría del comercio de su padre, habidos además los estudios del bachillerato y carrera de leyes, animoso se presentó en Madrid a opositar, con tan buenos resultados que obtuvo el número dos en la clasificación. Sus aspiraciones fueron muy modestas, no obstante el gran éxito alcanzado. Por aquel tiempo estaban vacantes las Contadurías de las Diputaciones de Barcelona, Valladolid y otras; se contentó con optar a la plaza del Ayuntamiento de Santiago, tal vez por ser su ciudad natal, posiblemente porque estaba cerca de Pontevedra, donde

residía su familia, o acaso porque sus aspiraciones, en medio del triunfo, fueron muy templadas. Pero, de primera intención, ni siquiera le fue concedida dicha plaza, porque, aun ganada en tan bella lid, la política caciquil entonces en aquella región imperante, exigía que antes se doblegara a cierto alto personaje liberal que ostentaba prácticamente el mando en Santiago de Compostela. Pero ni su padre, recto e inflexible caballero castellano, ni el siervo de Dios quisieron hipotecar su libertad, negándose a ingresar en una política que contradecía sus ideas religiosas y los dictados de su conciencia. Por entonces no le concedieron la plaza solicitada, y tan elegantemente ganada. Más tarde, cuando ya era inútil, como adelante verá el lector, se la otorgaron”.

#### Compromiso con la verdad

En la última de las entregas aparecidas en el blog de la Parroquia de San Cayetano se puede leer:

“Cualquier persona que hubiera conocido sólo superficialmente al siervo de Dios, vestido el hábito religioso, jamás hubiera sospechado que el padre Fernando había sido un gran apóstol de la religión y de la caridad, ya de estudiante, ya de abogado, como efectivamente lo fue. Jovencito aún, pertenecía a casi todas las asociaciones piadosas, en las que trabajaba con mucho celo y siempre con cargos en las directivas, que él desempeñaba con capacidad y perseverancia, especialmente terminados los estudios de bachillerato y leyes. Asimismo ingresó en la Venerable Orden Tercera de San Francisco.

Se celebraba en cierta ocasión solemnísimamente novena en honor de la Inmaculada en la Parroquia de Santa María, de Pontevedra, por cierto muy concurrida. Algunos mozalbetes de la calle se permitieron el lujo irreverente de repartir, frente a las puertas del templo, hojas injuriosas para la Madre de Dios y Reina de la Pureza. Jóvenes católicos se acordaron indudablemente en aquella ocasión del lance del humildísimo y manso Maestro ocurrido en el templo de Jerusalén, cuando lleno de divina ira volvió por el honor de la Casa de su Padre,

convertida en cueva de ladrones, cuando debería ser Casa de alabanza y de oración. Por eso, ellos se opusieron al reparto de aquellas hojas, llegando a las manos los dos grupos, católicos y librepensadores, tocándole a Fernando enfrentarse con el que capitaneaba este grupo.

La obra predilecta de Fernando fue la Conferencia de San Vicente de Paúl, para asistir y consolar a los menesterosos. Él no se contentó con que figurara su nombre en las listas de miembros de la Conferencia, ni tampoco con depositar su óbolo mensual, sino que personalmente visitaba a pobres y enfermos, llevándoles los consuelos de la religión y el socorro material. “Su ardiente espíritu de caridad, dice uno de sus más íntimos amigos, su natural modestia y humildad -prototipo verdadero de caridad cristiana-; su amor a los pobres y su encantadora dulzura resplandecieron elocuentemente en todos sus actos. Sabemos de sus edificantes visitas a familias menesterosas, a las que prodigaba consuelos inefables y socorría con largueza, inspirando viva simpatía su presencia en hogares torturados por el dolor, que enseña, purifica y eleva.” (Javier Vieira Durán.)

Cuando el siervo de Dios se trasladó a Madrid para preparar el doctorado no cambió de conducta, sino que en seguida, también en dicha ciudad, dio su nombre a las Conferencias de San Vicente. Sus compañeros le consideraban como hermano mayor, y habiendo observado que en determinadas horas del día faltaba siempre de la casa, sin que nadie supiera dónde iba, le siguieron la pista, hasta que un día vieron que por su cabeza se paseaba tranquilamente un parásito, deduciendo ellos que le había cogido visitando buhardillas de pobres menesterosos. carentes aun de lo más indispensable exigido por elemental higiene.

Funcionaba en Pontevedra por aquel entonces un Círculo Católico para atraer a los obreros, grandemente solicitados por otro Centro disolvente y anticristiano. De dicho Centro fue también alma y vida Fernando, llegando a ocupar la presidencia del mismo, siempre con la acostumbrada responsabilidad y competencia, especialmente trabajando en las escuelas nocturnas para adultos, sostenidas por el Círculo Católico. En dicho Centro dio conferencias

literarias y doctrinales, y de divulgación científica, asociando a esta labor a otros intelectuales de gran significación en la intelectualidad. Tanto con la palabra como con la pluma fue un gran propagandista católico sereno y ponderado, haciéndose entender de las clases menos doctas, que eran las más necesitadas de religiosidad y de cultura.

“Amante de la clásico, de lo castizo, de lo español, sentía fervorosamente los grandes ideales de la Fe y de la Patria, y tenía como acusadas características acrisolada caridad, sencillez y dulzura, modestia y humildad cristianas, apostólico celo, alto significado moral; alumbraba y fortalecía las almas en el ejercicio de su sagrado ministerio... Diríase que vivía en las alturas excelsas de los espíritus elegidos... Aquí en Pontevedra residió los años floridos de su juventud; con él convivimos en corporaciones y entidades artísticas, benéficas, literarias y de carácter social y religioso. Fue elemento entusiasta de la brillante rondalla presidida por Torcuato Ulloa e integrada por universitarios, profesores de música, periodistas y funcionarios del Estado. Ocupó la presidencia del Ateneo de la Juventud Católica y del Círculo Católico de Obreros, en donde actuaban personalidades del Foro, de la Cátedra, del clero secular y regular. Laboró por desterrar la blasfemia, fomentar las buenas lecturas, apartar de las bibliotecas el libro pornográfico... Orador forense reposado, concienzudo razonador de firme dialéctica y correcto decir, su palabra estaba bañada de la sugestiva elocuencia de la verdad. Figuró también en la Junta de gobierno de la Cocina Económica, aportando generosas iniciativas en favor de dicha benéfica obra. Nos dejó el recuerdo de sus acciones y el ejemplo de sus virtudes. Su vida deslizóse limpia e inmaculada, como puros eran sus sentimientos y su amor a Aquel de quien emana toda luz, toda justicia, toda bondad.” Así nos presenta al padre Fernando seglar un condiscípulo suyo, el señor Javier Vieira Durán.

#### Periodista vocacional

Otra de las armas por él valientemente esgrimidas en pro de la verdad y en defensa de los principios religiosos y morales fue la prensa. El joven Fernando fue periodista por un

imperativo de conciencia que le impulsaba fuertemente a la defensa de tan bellos, nobles y sobrenaturales ideales. Por eso, aprovechando afanosamente el tiempo, colaboró en los periódicos *El Pensamiento Galaico* y *El Alcance*, de Santiago, y como redactor-jefe, en los netamente católicos, de Pontevedra, *El Criterio Gallego* y *El Ancora*. En ellos desarrolló fecunda labor en bien de la religión, teniendo que luchar y sostener polémicas con los periódicos librepensadores que en aquella época ostentaban gran preponderancia”.

#### La profesión religiosa y el martirio

Por su parte, Xosé Álvarez Castro en su blog “Anos do Medo”<sup>19</sup> publicaba una referencia sobre la figura y el martirio de Fray Fernando Olmedo. Este testimonio, escrito en gallego, recoge momentos fuertes de la vida de este religioso compostelano. Allí, por ejemplo, podemos leer:

“O día 12 deste mes cumpríronse 75 anos do asasinato de Fernando Olmedo Reguera, máis coñecido na nosa cidade como padre Olmedo. Neste blog, no que tantas veces tratamos dos asasinatos cometidos polos sublevados, falaremos hoxe do perpetrado na zona republicana sobre este membro dunha coñecida familia pontevedresa.

Fernando Olmedo naceu en Santiago o 10 de xaneiro de 1873. Cursou a carreira de avogado e obtivo o grao de doutor en dereito. Ocupou praza de contador no concello da súa cidade natal. Foi un personaxe destacado na prensa clerical de entre séculos, escribiu e ocupou postos de máxima responsabilidade en xornais como *El Pensamiento Gallego*, diario católico tradicionalista compostelán e en *El Ancora*, xornal pontevedrés do mesmo signo. Este último nacera impulsado por un grupo de clérigos e de crentes pontevedreses; no seu primeiro número, na exposición que facían ao arcebispo dos seus obxectivos, dicían:

---

<sup>19</sup> <http://anosdomedo.blogspot.com.es>, publicado el 21 de septiembre de 2011. Un testimonio muy válido por ser recogido en un blog “no católico”



“En presencia de la encarnizada guerra que se hace a la Santa Iglesia, nuestra Madre, no podemos permanecer por más tiempo impasibles e inactivos, contemplando la pérdida de la juventud, arrastrada por la senda tortuosa del error y del vicio, las familias desmoralizadas, los pueblos alejándose de Dios, paganizándose el mundo a pasos agigantados. [...] Hay que contrarrestar la influencia perniciosa del diario impío o inmoral con el saludable influjo del periódico católico, propagador celoso e incansable de la sana doctrina. (*El Áncora*, 20-4-1897).

Neste combativo e clerical xornal tamén aparecían personaxes como Carmelo Castiñeira ou Hermenegildo Calvelo, incansable polemista cos xornais republicanos da época.

Fernando Olmedo foi un dos fundadores do Círculo Católico de Obreiros. O 15 de febreiro de 1901 tomou o hábito da orde capuchina, profesou na mesma o ano seguinte e recibiu a orde sacerdotal o 31 de xullo de 1904. Ocupou cargos de responsabilidade na orde, como o de secretario da curia xeral en Roma pero, por motivos de saúde, regresou a España ocupando o posto de definidor e de secretario provincial de Castela.

O convento de Jesús de Medinaceli (Madrid), no que residía, foi asaltado por milicianos nos primeiros días de xullo de 1936; os relixiosos xa o abandonaran e vivían en casas particulares. Hai algunha referencia (coas cautelas debidas polo tipo de fonte) á celebración de mitins nun dos templos madrileños dos capuchinos: ...en el que dirigió la palabra a las masas rojas desde el púlpito la agitadora marxista Margarita Nelken. (*La Dominación Roja en España. Causa General*).

Nos días que seguiron ao golpe militar, a situación policial e xudicial en Madrid quedou nas mans de diferentes organizacións, na maioría sen control por parte das autoridades legais.

Paul Preston afirma: “En el marco de este tumultuoso proceso de “justicia” espontánea, los comités de partidos y sindicatos, junto con trabajadores sin ninguna filiación sindical y delincuentes comunes, se entregaron por diversas razones a una oleada de matanzas

impulsadas por motivos muy diversos. Los principales objetivos de la violencia fueron los militares rebeldes, el clero y los elementos más prominentes de la antigua clase dirigente: terratenientes y empresarios. (*El Holocausto español*. Ed. Debate, 2011).

Moito se debateu sobre as causas desta violencia: a incapacidade do goberno para controlar a situación, a vinganza polos bombardeos aéreos indiscriminados sobre a poboación civil e as novas que chegaban da represión fascista, o medo á “quinta columna” anunciada polo xeneral Mola...

Sobre a morte de Fernando Olmedo, a información que facilitaban os xornais pontevedreses non daba detalles das circunstancias da mesma: “Se omiten detalles del trágico final del religioso pontevedrés y solamente se sabe que fué elegido con otros tres Padres por las hordas rojas para saciar su sed de venganza contra quienes predicaban y practicaban las doctrinas de nuestra Iglesia” (*El Diario de Pontevedra*, 25-9-1936).

Atopamos dúas versións sobre o sucedido. A primeira corresponde á *Gran Enciclopedia Gallega* que afirma, sen entrar en maiores precisións, que faleció el 12 de agosto de 1936 durante el asalto al Cuartel de la Montaña. Apreciamos un erro fundamental pois a data do asalto ao cuartel foi o 19-20 de xullo. En diferentes pescudas realizadas non atopei o nome do padre Olmedo nas listas de mortos relacionadas con dito asalto, principalmente eran militares e falanxistas alí refuxiados.

A segunda, e máis convincente, versión afirma que Fernando Olmedo fora detido o 11 de agosto e fusilado o día seguinte nos xardíns do Cuartel da Montaña (de aí pode vir a confusión). Os seus restos repousan na cripta da igrexa de Jesús de Medinaceli en Madrid. Na provincia capuchina de Castela foron asasinados 22 relixiosos desa orde.

A nova da morte chegou aos seus familiares de Pontevedra o 24 de agosto a través de Roma a onde fora levada por un relixioso. O xornal *Progreso* facíase eco da mesma: “Fray

María (sic) Fernando de Santiago Olmedo, fué un religioso que amó a la Humanidad, y este fué el delito que ha cometido para ser vilmente asesinado por esas hordas marxistas que a nada temen ni les detiene ni la sabiduría ni la bondad, ni la vejez de sus presas. El P. Olmedo ha pasado a mejor vida engrosando la lista de los mártires de la religión”. (*Progreso* 25-9-1936).

O día 30 de setembro celebráronse os funerais na igrexa de San Francisco. Houbo unha elevada asistencia con representación dos capuchinos de Vigo e de empregados dos Almacéns Olmedo. Estes almacéns eran propiedade da familia e o seu irmán José Olmedo era un importante dirixente da patronal pontevedresa”.

Se sabe que tras ser detenido, fue insultado, vejado, golpeado, preguntado por el sigilo sacramental, permaneciendo sereno y tranquilo. Presentado ante el Tribunal Popular, confesó que era religioso capuchino, razón por la cual fue martirizado en aquella fecha de 12 de agosto de 1936.

#### Fiel a la vocación hasta el final

Es hermoso recordar, por otra parte, un episodio de su vida que marcó su biografía personal y le abrió las puertas espirituales a su futura vocación. Esa fidelidad a la llamada del Señor, como se ha visto, le mantuvo en la coherencia de la confesión de su fe hasta el martirio. El acontecimiento es su peregrinación a Roma en el año 1900. Veamos el relato de esta experiencia de fe en el ya citado blog de la Parroquia de San Caetano.

“Corría el año 1900, el papa León XIII, promulga el Año Santo y Fernando quiso visitar el sepulcro de los apóstoles. Para ello, de acuerdo con su padre emprende la peregrinación en compañía de un amigo suyo médico en Santiago, D. José Losada, más tarde religioso capuchino.

Fernando describe el viaje en carta escrita el 23 de septiembre de 1900: “Mañana de madrugada saldremos para Barcelona. Paramos junto a la Pilarica, en una cas muy buena que

conocía Losada; la mesa estaba presidida por un padre capuchino muy joven y muy simpático que está estudiando en esta Universiad”.

Dios pasa a nuestro lado multitud de veces y siguiendo a San Agustín *timeo Iesum pretereuntem et non redeuntem* (“temo cuando pasa Jesús y que no vuelva”). ¿No habrá pasado Jesús en esta ocasión para nuestro Padre Fernando al toparse con un capuchino “joven y simpático” para llegar hasta el fondo del alma e iniciar aquí un germen de vocación?.

También se encuentra un vestigio de llamada cuando en la carta del 30 de septiembre tenemos este párrafo que no es desdeñable: “Hoy (día 27) la recepción solemne en el Vaticano ha sido apoteósica. El entusiasmo fue indescriptible. Vivas y aclamaciones frenéticas acogieron la llegada del Santo Padre. Es un espectáculo que nunca se olvida. No había ojos secos”.

En otra carta a su padre y fechada el 22 de octubre de 1900, entre otras cosas dice: “Y al final después de haber visto muchas de las cosas más notables del mundo nos hemos decidido ambos compañeros de viaje hacer unos ejercicios espirituales para asegurar más los frutos del Jubileo. Y al efecto nos hemos venido al Convento de Capuchinos de Lecaroz que casi nos cuadraba en camino pues sólo distaba de Irún cuatro horas en automóvil, y que es la residencia de aquel padre capuchino que fue nuestro compañero de fonda y nuestro guía en Zaragoza”.

Los frutos espirituales de aquellos día en Lecaroz fueron definitivos para Fernando y compañero, y así confirmarlos y obtener luces del cielo, en orden a su futuro. Se retiran a la soledad y allí se le comunica a Fernando la voluntad divina de *entrega total* a Dios; él no rehúye la invitación sino que resueltamente pronuncia el *sí*.

No debe sorprendernos la dolorosa impresión que causó a toda la familia Olmedo la decisión tomada por Fernando de quedarse en el claustro porque nunca había dado muestras de su vocación a la vida religiosa. Y así a este propósito hay una carta que explica todo, al

contestar a una carta de su hermano Mariano: “Acabo de recibir tu discretísima y sesuda carta y no puedes figurarte cuánto me ha apenado la relación de los afectos que a nuestros queridísimos padres y a vosotros ha causado mi resolución: también a mí me ha causado muchas lágrimas y no pocos sinsabores; por unos cuantos días ha sido mi constante pesadilla la idea de la separación; pero creo que con ello cumplo un deber y esto fue lo único que pudo darme valor para resolverme”.

También en otra carta, esta vez dirigida a su madre, hace alusión explícita a la decisión tomada de seguir la vocación recibida del Señor.

“Nada en la tierra podría impulsarme a separarme de mis amadísimos padres; pero todos los libros católicos y el buen sentir cristiano consideran asunto muy grave éste, el de la vocación, del cual depende en gran parte la dicha y la salvación del individuo; y yo, que gustoso sacrificaría por mis padres mi felicidad temporal, mis gustos, mi misma vida, no puedo arriesgar por ello mi felicidad eterna, ni siquiera hacerles cargos ante Dios la tremenda responsabilidad de haber extraviado la vocación de un hijo. No quiero a la hora de la muerte, que es cuando estas cosas se ven en su horrible realidad, se retuerza su corazón con el remordimiento de haber hecho desgraciado a un hijo separándole del camino que Dios le había trazado”.

#### Signo de esperanza

La parroquia de San Miguel dos Agros, precisamente, organizó a principios de septiembre unas jornadas de estudio sobre la figura del nuevo beato. Manuel Blanco Rey, autor de la obra “Fray Fernando María de Santiago: testigo de Jesucristo. Fernando Olmedo Reguera (1873-1936)”, entre otros ponentes, habló sobre la personalidad de este capuchino. El arzobispo de Santiago, monseñor Julián Barrio, quiso también sumarse a este reconocimiento y presidió la Eucaristía con la que se cerraban los actos de homenaje a este mártir compostelano.

Nada mejor que finalizar esta aportación al conocimiento de la vida de Fernando Olmedo con la homilía pronunciada por monseñor Barrio:

“El 13 de octubre de este Año de la Fe, la Iglesia en España celebrará el relevante acontecimiento de la Beatificación de un numeroso grupo de mártires del siglo XX en nuestra geografía española. Fueron testigos valientes y luminosos del Evangelio hasta el extremo de dar su propia vida. Ahora los contemplamos como un signo de esperanza. Es el milagro de la fe que nos hace recordar que los mártires, apoyado en la oración, la Eucaristía y la devoción a la Virgen María, “vencieron en virtud de la sangre del Cordero y por la palabra del testimonio que dieron y no amaron tanto su vida que temieran la muerte” (Ap 12,11). Nos dejaron escrito con su sangre el mensaje de las Bienaventuranzas dándonos testimonio de amor, de perdón, de bondad y de paz.

Esta celebración nos evoca que la Iglesia fundada por Cristo peregrina como decía san Agustín, entre los consuelos de Dios y las turbaciones del mundo, quedando constancia en ella de tantos mártires y santos. La historia eclesial acredita claramente esta realidad. En sus páginas vemos que “atraídos por el ejemplo de Jesús y sostenidos por su amor, muchos cristianos, ya en los orígenes de la Iglesia, testimoniaron su fe con el derramamiento de su sangre”. “Estos testigos, especialmente los que han afrontado el martirio, son un signo elocuente y grandioso que se nos pide contemplar e imitar. Ellos muestran la vitalidad de la Iglesia; son para ella y para la humanidad como una luz, porque han hecho resplandecer en las tinieblas la luz de Cristo. Más radicalmente aún, demuestran que el martirio es la encarnación suprema del Evangelio de la esperanza” .

Es una hora de gracia para la Iglesia que peregrina en España. A veces nos preguntamos “¿qué mundo es el nuestro para que tantas y tan hermosas cualidades se pierdan en él?”. Tal vez nos hacemos esta pregunta porque no hemos descubierto en la cotidianidad que “todo es gracia”. Conocemos el designio general de salvación que Dios tiene

providentemente para el hombre, pero ignoramos todo lo que se refiere a los caminos particulares que hemos de recorrer. Esta Beatificación puede ser una luz en medio de la noche de la fe.

“El mártir, en efecto, es el testigo más auténtico de la verdad sobre la existencia. Él sabe que ha hallado en el encuentro con Jesucristo la verdad sobre su vida y nada ni nadie podrá arrebatarse jamás esta certeza. Ni el sufrimiento ni la muerte violenta lo harán apartar de la adhesión a la verdad que ha descubierto en su encuentro con Cristo” .

Entre los mártires que serán beatificados, nuestra Archidiócesis ha visto nacer a la vida cristiana al P. Fernando Olmedo Reguera, religioso capuchino, natural de Santiago. Con este testimonio, hoy os invito a mirar hacia lo alto. Dios nos pide salir de la trampa de una existencia sin dimensión trascendente, y nos introduce en Él, misterio insondable y cercanía palpable, infinitud inalcanzable y ternura que nos envuelve; plenitud inescrutable y palabra que habla; amistad que escucha y corazón que ama.

Como acabamos de escuchar, la verdadera sabiduría va más allá de la erudición y de la ciencia, y capacita para entrar en el misterio de Dios, en la propia vida y en la de los demás. Los planes de Dios se fundamentan siempre en la entrega generosa y no en nuestros cálculos. Sólo la sabiduría puede salvar al hombre de aquello que le impide la visión de las cosas del cielo, salvando en toda circunstancia el primado de Dios, no arriesgando el todo por la parte, lo eterno por lo transitorio, lo importante por lo que solo es urgente. Los verdaderos sabios son los santos.

La pobreza de espíritu y la renuncia interior son la base para el seguimiento de Jesús. “Hay que posponer al padre, a la madre, a la mujer, a los hijos, a los hermanos y hermanas, e incluso a uno mismo”. Para seguir a Cristo es preciso mortificar comodidades personales, ataduras afectivas esclavizantes, y piedades cómodas.

La señal de identificación con Cristo será siempre la cruz: “Quien no lleve la cruz detrás de mí, no puede ser discípulo mío... El que no renuncia a todos sus bienes, no puede ser discípulo mío”. Esto es lo que Jesús exige cuando alguien quiere ser discípulo suyo. Hoy parece que el Evangelio ha dejado de ser Buena Noticia para nosotros y no creemos, en el fondo, en la felicidad que nos promete, eso si una felicidad crucificada. Es verdad que hay muchas vidas abnegadas, pero también negadas. Es necesario despertarnos de nuestra somnolencia y darnos cuenta de la seriedad y radicalidad de la llamada de Jesús. Mi felicitación a los familiares del P. Fernando, a toda la comunidad diocesana y a D. Jaime, párroco de San Miguel dos Agros, que con gran interés pastoral ha querido hacerse eco del acontecimiento en la parroquia. ¡Demos gracias a Dios!”